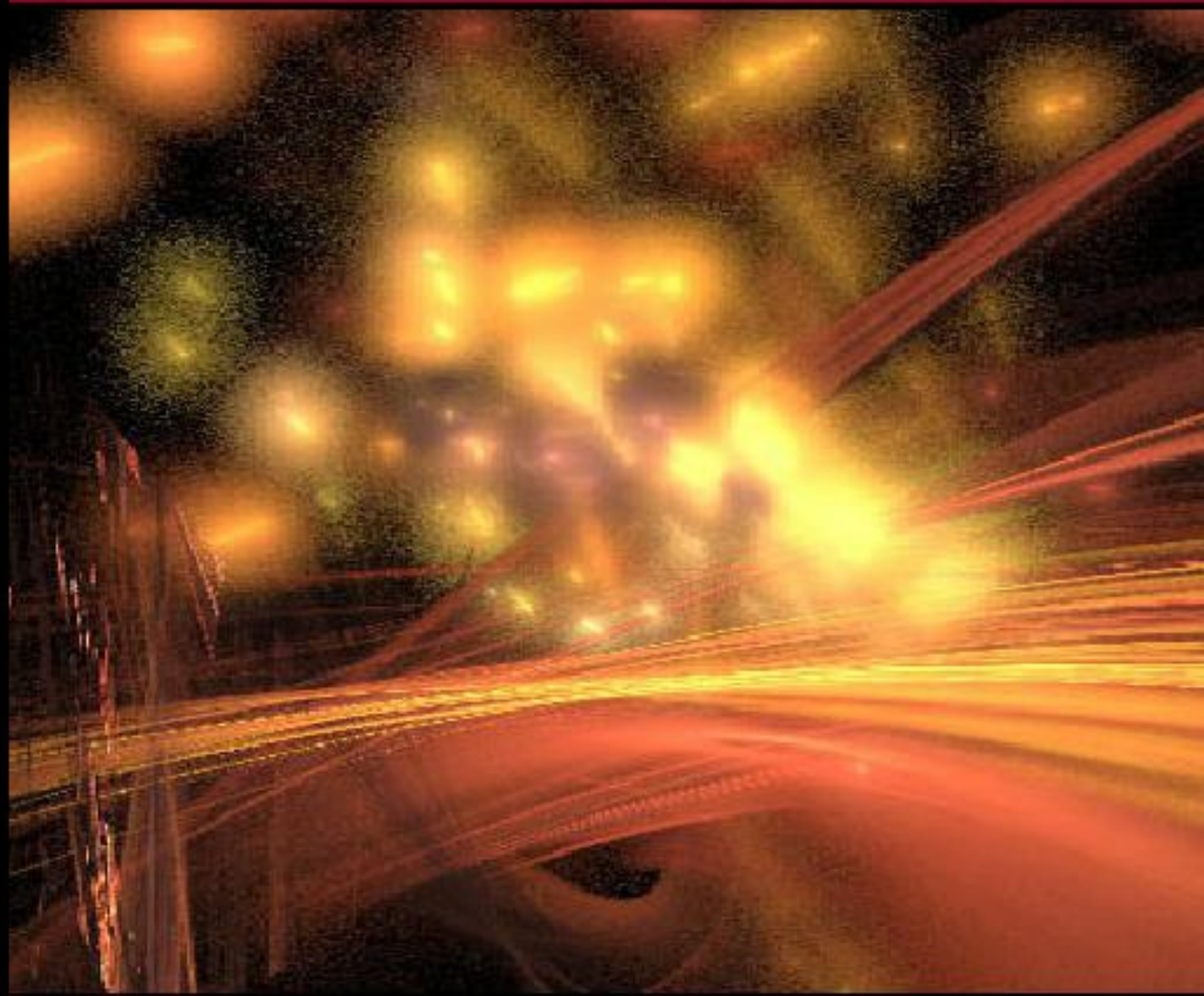


Los desahuciados

Sergio Lozano Mateos



LOS DESAHUCIADOS

Sergio Lozano Mateos

Editorial Gradiente 2013
Colección Nebulosa
Género: Ciencia-Ficción.

Diseño portada: Alex Escalada
Imagen: www.freeimages.co.uk
Diseño colección: Alex Escalada

Cód: Gr-Nb-001
www.editorialgradiente.com



LUNES

1 de noviembre

1. Un amor perecedero

12:47 HOR

Tras la línea del ancho y pálido edificio que corona el centro comercial se oculta un flamante sol de media mañana, a medida que Eli desciende sobre las escaleras mecánicas. Piensa que si el astro aún estuviese tras ella, para un observador situado en la parte de abajo, sería como ver descender un ángel. Su traje rojo de polilactato, ajustado como un guante, emite destellos en todos los colores del espectro visible. Se siente radiante a pesar de la falta de sueño.

Ya a la sombra se levanta las gafas de sol y parpadea un par de veces para adaptar la vista. Al llegar abajo, un cartel le da la bienvenida a la zona de ocio. Alrededor de la gran plaza descubierta se aglutinan infinidad de restaurantes, bares y cafeterías. Ocho galerías radiales distribuyen por el subsuelo de la isla más de doscientos establecimientos destinados a todo tipo de entretenimiento imaginable. Miríadas de carteles y luminosos publicitarios acaparan hasta el más ínfimo rincón donde posar la vista.

Eli trata de abstraerse de esa avalancha de información y pasea la mirada por los jardines, salpicados de acogedoras cabañas que ofrecen todas las variedades posibles de bebidas exóticas. Se aventura entre las plantas intentando apaciguar la acometida del diamante que revolotea por su cabeza. Diversos grupos de personas están esparcidas por la terraza. De pronto, a su izquierda, se levanta un pequeño alboroto. Un grupo de jóvenes corre desbocado hacia las escaleras. Vasos y sillas vuelan por la terraza a su paso. Eli se parapeta tras un cactus de proporciones descomunales y observa asustada. El corazón golpea con fuerza el interior de su pecho y por un momento teme una crisis nerviosa. Una enorme pancarta se despliega lentamente hacia el cielo. Pero antes de que pueda leer su contenido, en apenas unos segundos, el equipo de seguridad zanja la revuelta desalojando súbitamente a los corredores y haciendo desaparecer la pancarta. En un instante la plaza recobra su aspecto habitual y el resto de los visitantes retoma su actividad como si no hubiera pasado nada.

Eli se calma, respira profundamente y vuelve la mirada hacia el bar que tiene frente a ella. Repara en un muchacho espigado, acodado sobre la barra. Parece satisfecho y despreocupado. Eli baja de nuevo sus gafas de sol y fija el rumbo hacia él. Pero una joven sale repentinamente entre las sombras de una palmera y se engancha al cuello de su objetivo. Eli contiene un acceso de ira. Gira discretamente por otro de los floridos paseos, cuando se ve sobresaltada por el aviso de una llamada entrante. Resopla de fastidio, pero no tiene más remedio que contestar.

—¿Se puede saber dónde estás? —inquire Mara abiertamente molesta.

Eli mira el reloj de su terminal. En algún momento ha perdido la noción del tiempo.

—Perdona, se me ha echado el tiempo encima —responde sin dejar de escudriñar entre las ramas.

—Todavía estoy en la facultad, me han retrasado una clase.

—Está bien, pero date prisa o se me detendrá la actividad cerebral. No ha entrado nadie en toda la mañana.

Eli gira a la izquierda, por uno de los pequeños paseos. Al fondo hay una cabaña muy animada. Al acercarse puede escuchar una estimulante música sensual.

—Escucha Mara, ¿puedes hacerme media hora más? Te la devolveré mañana.

—¡Pero Eli! ¡He quedado con Ansel a las tres! —protesta Mara con poca convicción.

—Te devolveré el doble, lo prometo. Ya que estoy aquí me gustaría hablar con uno de los profesores. Tengo un examen el viernes y voy muy atrasada.

—¡Joder, Eli, siempre estás igual!

Ha encontrado algo. Da unos pasos atrás. Observa por un hueco en la vegetación a un joven que lee sentado en un banco.

—Por favor Mara, es importante, tengo que aprobar esa asignatura o me quitarán la beca. Dame sólo media hora.

—Eli...

—Mara... —remeda Eli antes de que pueda replicar.

—Vale —acepta Mara arrastrando resignadamente la primera vocal,— pero no tardes, no lo soporto más.

—Eres un cielo, Mara, te lo compensaré, ya lo verás —sentencia Eli presionando el botón de desconexión.

Se apresura a rodear la enorme jardinera. Allí está. Absorto en la lectura de una de esas novelas en serie que se venden en el nivel 3. A Eli le sube un cosquilleo por el cuello. Observa cuidadosamente la zona. Todo despejado. Se lanza decidida hacia el banco, sin apartar la vista, y se detiene a un metro frente a él. El muchacho, neutralizado por la penetrante presencia de Eli, eleva lentamente la mirada, los ojos como platos, el gesto desencajado.

—Hola, me llamo Eli. ¿Quieres subir a una habitación? No tengo mucho tiempo.



Desde la terraza de la habitación 815 del hotel Kofam puede contemplarse un panorama similar al del mirador del nivel 0. La diferencia es el par de segundos más que tarda el cerebro en asimilar tal cantidad de espacio entre uno mismo y el horizonte. Al fondo, racimos de nubes dispersas se desgajan en ligeros bancos de bruma que se posan sobre la superficie marina. Observando el agua más inmediata puede distinguirse con claridad el fondo arenoso, salpicado de coral. El conjunto es sobrecogedor.

Sin embargo Eli y su desconocido acompañante no han tenido tiempo siquiera de retirar las cortinas. Han entrado como una exhalación hasta la cama. En apenas unos segundos ya estaban jadeando bajo las sábanas. Es precisamente la situación que le gusta a Eli. Nada de rodeos, nada de preguntas. Se deja ir hasta los confines de ese océano que les rodea y en un par de minutos se ha transportado a través de un orgasmo que considera medianamente satisfactorio.

Ahora se siente en paz. El muchacho se retuerce sobre ella en un movimiento que Eli, ya desaparecida la excitación, encuentra excesivamente calculado. Comienza a llegar a su mente todo aquello que había quedado desterrado por el deseo. Es por primera vez consciente de la sucia maniobra que acaba de realizar, y de haber mentido a Mara, su mejor amiga. Estará apoyada en la barra del restaurante desesperada por salir de allí. Observa al muchacho que sigue luchando incansable. Unas gotas de sudor le tiemblan en la frente.

—Córrete —le susurra al oído.

—¡Sí!, ¡sí!

Tiene los ojos prácticamente cerrados. Eli suele ser considerada, dar tiempo a su compañero, pero la sincronía de los movimientos del pobre chico comienzan a exasperarla. Empieza a tener serias dudas de que haya realmente un cerebro humano detrás de ese cuerpo sugerentemente trazado. No

hay nada que deteste más que el sexo con una máquina.

—Lo siento, Lavin —anuncia Eli despreocupada,— se te ha acabado el tiempo.

Y sin esperar una réplica, apaga el simulador.



Eli sale rápidamente de la cápsula. La última imagen que vio era una creciente incompreensión en el rostro de Lavin. Sonríe, al menos no era una máquina.

Ni siquiera está vestida. Corre despavorida por el minúsculo apartamento arrasando todo a su paso con los picos de la bata. Apenas veinte metros cuadrados de superficie bajo una pantalla de luz cenital, sin ventanas.

El apartamento está dividido en dos estancias. La principal y más grande la ocupan una cama y tres pequeños sillones en los que hace tiempo no se ha sentado nadie. Están atestados de aparatos electrónicos y ropa que no debe estar ya muy a la moda. La cabecera de la cama la corona un díptico mural de motivos alegremente florales. Desde la pared contraria saludan burlones los componentes del grupo musical Erovid. Tienen un aspecto deliberadamente sucio y amenazador. Parece que tratan de salirse de la lámina.

En la pared de la izquierda, junto al simulador, hay dos fotos. Una es de Eli, o al menos la imagen que Eli proyecta de sí misma en la Red, posando muy atrevida en ropa de baño, en una playa paradisíaca. La otra es un joven atlético, con pantalones blancos de seda y sin camisa, con el cabello al viento, sujeto a la botavara de un deslumbrante velero blanco. Tiene la mirada perdida en algún punto fuera de la imagen. Podría decirse que la mira a ella, en la playa contigua. Pero no es realmente una foto, es el recorte de un anuncio publicitario de unos conocidos fondos de inversión. Sin embargo el joven tampoco es un modelo profesional, es Keni Lamarca, un conocido deportista de la Red, además de un reconocido icono sexual. Eli podría decir sin pestañear que está locamente enamorada de él. Ocurrió hace más de ocho años, cuando Lamarca rechazó un contrato millonario para jugar en un modesto equipo sustentado por la comunidad. Lamentablemente ese mismo flechazo asoló a medio planeta por igual.

Eli entra en el baño con dificultad, la otra estancia del apartamento. Es un espacio demasiado angosto para un cuerpo voluminoso como el suyo, pero no podría pagar un apartamento mejor. Selecciona el programa rápido de la ducha y cierra los ojos tratando de no pensar en nada. En el baño todo está milimétricamente diseñado. El vapor ni siquiera escapa de la cabina. Apenas se percibe el sonido del agua. El sistema de ventilación trabaja cansadamente emitiendo un leve quejido constante.

Eli sale de la ducha y trata de enfundarse el uniforme. Unos saltitos en el momento justo ayudan a que el traje se deslice finalmente a su lugar. Hace tiempo que tendría que haberle pedido al señor Celes una talla más. Pero sería ya la tercera vez en el último año. Aferrarse a ese uniforme es otra ilusión más. No se siente capaz de soportar esa derrota. Se dice a sí misma que lo que debe hacer es controlar su peso y dejar de lamentarse.

Se calza los zapatos y coge el abrigo. Se siente de pronto tremendamente acalorada, sedienta, pero ya no hay tiempo para más. Abre la puerta y sale a la carrera. La luz se apaga automáticamente pasados cinco segundos.

2. Adiós, Evelyn

16:37 HOR

Larin cuelga el teléfono, se deja caer sobre el respaldo de su confortable sillón de piel y da un ligero impulso con los pies en el suelo para girar de cara al interminable ventanal. Desde allí se puede contemplar a vista de pájaro toda la ciudad financiera de Universed, el corazón económico de la Red. El que no está en Universed no existe, es un dato, una muestra. Y no todos los que están tienen la misma importancia. La octogésima y última planta del edificio Salen no la posee alguien en propiedad por pura casualidad. Larin era un brillante ingeniero informático, con miles de hallazgos en su curriculum, hasta que descubrió que los diseñadores no son quienes obtienen los beneficios. Desde entonces ha sido una vida dedicada a los negocios, a una única ambición. Bajo sus pies hay un ejército de abogados, economistas, informáticos, hombres de negocios que buscan su pedazo del pastel.

Larin lleva una de esas mañanas infernales en las que todo lo que puede salir mal lo hace sin reparos. Uno de esos lunes que el mundo ha estado esperando para amargarle la existencia. Y una vez más se interrumpen sus pensamientos por un aviso de llamada entrante. Es Yilea, su mujer. Pero no va a contestar. Se queda allí parado, sin aceptar ni rechazar la llamada, observando la colmena de edificios que se extiende a lo largo de la llanura. Unas nubes grises se acercan por el horizonte. Se puede apreciar con claridad cómo descargan tupidas cortinas de agua en algún punto no más lejano de cinco kilómetros. La lluvia no tardará en llegar. Un pitido desagradable vuelve a perturbar su paz.

—¿Si?

—El señor Guilesme está aquí, señor Salen.

Larin resopla amargamente.

—Que pase.

Devuelve el sillón a su posición original y recompone el traje que se ha dejado arrugar. Tras unos segundos en silencio, la puerta de cerezo frente a él se abre dejando pasar a una figura más bien insignificante. Es Fran Guilesme, propietario de la mayor industria alimentaria mundial. Por su aspecto se trasluce que no es una visita de cortesía. Se abren las hostilidades.

—¡Fran! ¡Cómo me alegro de verte! —dispara Larin en medida preventiva.

—¿iTe has vuelto loco, Salen!/? —contraataca Guilesme atrincherándose tras la monumental mesa de caoba. — ¿iQué coño significa esto!/? —dice lanzando el último ejemplar del Independiente que se posa suavemente sobre la madera.

Larin se reclina en el respaldo en actitud desafiante y sonríe.

—Un gran partido, sabía que el Renver acabaría desinflándose.

—No juegues conmigo, Salen, sabes perfectamente de qué te estoy hablando —dice poniendo un dedo grueso sobre la parte inferior de la página.

El titular dice: “Desaparece Augus Felman, el periodista acusado de difamar a IMG, en las proximidades de Laverton”. La noticia informa de que se comunicó por última vez con la redacción del Independiente, diario para el cual trabaja, el domingo a las 21:15. Según los datos facilitados por

la editorial se hallaba ultimando los detalles de su próximo artículo, que se esperaba antes del cierre de la edición. Ese artículo no llegó a recibirse y Felman no ha vuelto a ponerse en contacto con su redactor. Fuentes no confirmadas acusan de la desaparición a un comando radical del CLD.

—¿Y bien? —pregunta Larin—. Desapareció, punto final.

—¡Desaparecido no es lo que acordamos!

—¿Qué nos importa eso? Alguien se nos ha adelantado, mejor para nosotros.

—¿Y si no ha desaparecido para siempre? Quizás se haya ocultado durante un tiempo, hasta que pase el chaparrón, tiene a toda la policía pisándole los talones.

—Para siempre o no, el caso es que ahora tiene la boca cerrada, no debe preocuparte.

—¡Oh, ya lo creo que me preocupa! ¡Y mucho! —aúlla Guilesme.

—Te recuerdo que acabamos de darnos la mano en la fusión más importante de los últimos diez años. Lo que afecta a IMG afecta también a Extense. Y puedo asegurarte que a mí esto me tranquiliza bastante.

—No eches las campanas al vuelo, aún no se ha cerrado la operación.

A Larin le cambia radicalmente la expresión.

—A ninguno de los dos nos conviene afrontar la clausula de rescisión de ese contrato.

Guilesme se recompone, afloja la presión.

—En eso estamos de acuerdo. Pero no olvides tus atribuciones en todo esto.

—Comprendo tu preocupación, Fran. Pero tendrás que confiar en mí. Felman es un tipo escurridizo, pero no tiene salida. Se ha forjado muchos enemigos. Si nosotros no damos con él lo hará el CLD, o la policía. Y cualquiera de esos casos nos conviene.

—No es eso lo que hablamos, Larin, no quiero a ese tipo sentado en un tribunal echando mierda por la boca. Quiero que desaparezca. Si tu gente no puede hacerlo tal vez tenga que tomar cartas en el asunto.

Larin se pone en pie y camina vagamente hacia el ventanal, en un gesto muy estudiado.

—No hay de qué preocuparse, es la misma historia de siempre, Fran. Nosotros estamos en otra liga, no vamos a entrar al trapo de un juego tan burdo.

Guilesme parece que empieza a perder la paciencia.

—Sé cómo respiras, Salen. Conozco cada una de tus artimañas como si te hubiera parido. Si descubro que por algún sucio motivo estás detrás de esto puedes echarte a temblar. Yo también tengo amigos.

—Me ofende tu desconfianza, Fran. Pero estoy dispuesto a achacar tus palabras a la tensión que soportas.

Guilesme se incomoda y baja un instante la mirada.

—Quiero un cuerpo, Salen, y lo quiero ya —amenaza el industrial manteniendo un tono severo—. Los cadáveres son los únicos que no hablan. Si hay algo que no me quede claro, suspenderemos la fusión. Prefiero pagar un alto precio que poner mi negocio en las manos equivocadas.

—Eso no es tan simple, nos une algo más profundo que un acuerdo notarial —repite Larin con una sonrisa que exaspera a Guilesme.

—Escúchame bien, maldito loco. Si quieres aprobar esa maldita ley tendrás que hacer las cosas a mi manera. Los de Teleman están nerviosos, hacen demasiadas preguntas. Sin duda sospechan algo. Si damos un paso en falso nos hundiremos en toda la mierda que nos rodea. De modo que yo me encargo de eso, tú encárgate de Felman. ¿Estamos?

—Empiezas a preocuparme, Fran. Temo que cometas un error.

Los ojos de Guilesme echan fuego, pero no dice nada más. Se da la vuelta y camina graciosamente

hasta la puerta.

—Espero tus noticias —dice Guilesme, sin volver atrás la mirada, y sale del despacho.

Larin, tras unos segundos conteniendo todo movimiento de su cuerpo, se lanza hacia el intercomunicador.

—¿Darsy?

—¿Sí, señor Salen? —contesta diligente.

—Que venga Oleg, inmediatamente.

—Enseguida señor Salen.

Larin vuelve a su sillón y se acomoda mientras abre ventanas en su consola buscando información sobre Telemán. Un nuevo aviso de llamada entrante se interpone entre él y la información. Es Yilea, otra vez. Pero ahora sí se siente con motivos para rechazar la llamada. En ese momento Oleg entra por la puerta como un ciclón y llega hasta la mesa reprimiendo una pícaro sonrisa.

—Se lo ha tragado —paladea Larin.— Pero no es suficiente, quiere más.

—Bien —responde Oleg dejando escapar una impetuosa sonrisa.— Si quiere sangre se la daremos.

Larin se devana los sesos pensando en la próxima jugada.

—Habrá que darle algo que pueda tocar con sus manos, algo simple y demoledor.

Oleg se suma a la reflexión.

—Entraremos en IMG, dejaremos un bonito rastro para Guilesme. Será un juego de niños.

—Sí, eso me gusta. Pero no adelantemos acontecimientos. Pongamos mucho cuidado en los detalles. Para empezar no vendría mal una nueva demanda —dice tomando el diario en sus manos—, al Independiente y a un par de diarios más. Que la Federación vea que nos tomamos el asunto muy en serio.

—Déjalo en mis manos —le pide acompañando el gesto con un guiño.

Larin lee los detalles de la noticia. El asunto está despertando demasiado revuelo. Telemán demanda más información sobre la Ley de Nutrición, un asunto delicado para un temperamento alocado como el de Guilesme. Por otro lado las asociaciones de periodistas denuncian parcialidad en el proceso abierto a Felman y reclaman una recusación.

—Me preocupa que Felman despierte demasiadas simpatías en la opinión pública. Ensuciemos un poco su historial antes de acabar con él. Un nuevo golpe al CLD puede ser perfecto.

—Eso está hecho.

—Y habla con Herman, necesitamos un cadáver.

El rostro de Oleg se contrae en una mueca de disgusto.

—Tal vez no debiéramos involucrar a Herman en todo esto...

—A veces todo converge silenciosamente hacia un mismo punto, Oleg, es algo que he aprendido a apreciar con los años.

El secretario se debate en sus precauciones. Le asoma un tic nervioso en el ojo derecho.

—Está bien, lo que es razonable, es razonable. Concertaré con Koj los detalles, buscará a alguien para hacer el trabajo.

—¿Y qué hay de ese tipo? ¿Cómo se llama?

O bien Oleg no comprende o no quiere comprender.

—El limpiador —insiste—, ¿no es mañana su cita?

—Creo que aquí estamos ya sobrepasando la coincidencia, cada cosa debe ir por su cauce.

—Pues a mí me parece un hecho admirable. Cuantos menos elementos entran en juego más fáciles son de controlar.

—Pero ni siquiera sabemos qué ha pasado allí —protesta Oleg—, el asunto podría complicarse. Y

ya sabemos que ese tipo no tiene gran capacidad de respuesta.

—No empecemos con fatalismos —grita Larin golpeando la mesa—. Lo que venga después se tratará en su momento. ¿A cuántas personas crees que podemos meter en la factoría a nuestro antojo? Lleva semanas preparar algo así. Sigue siendo razonable y así se hará —sentencia Larin molesto.

Oleg baja la mirada y teclea sobre su terminal a velocidades increíbles. Larin mientras tanto pasa a la sección de deportes. Se habla del partido en todos los medios. Lamarca, la rutilante estrella del Renver, atrae todas las cámaras tras el partido, totalmente hundido, con los brazos en jarras y la mirada perdida en el césped. Larin sonríe satisfecho.

—No quiero llegar al último partido, esto debe solucionarse el miércoles definitivamente.

Guarda silencio y mira a Oleg inexpresivo, en lo que el consejero debe interpretar como el final de la conversación. Pero Oleg sostiene la mirada más de lo deseable.

—No quiero que te pongas echo una furia —desgrana con cautela—, pero tengo que recordarte que los ataques continúan. Tenemos al servicio técnico trabajando las veinticuatro horas y el sistema está en peligro.

Larin le devuelve un mutismo largo.

—Ya, ya... Sé qué vas a responderme. Puedes ahorrártelo. Pero más vale que lo tengas en cuenta.

Y descargada su inquietud se levanta y desaparece tras la pesada puerta del despacho.

Son las cinco de la tarde. Tiene que tomar una copa con Surim Ekelbam en el club Ramsie dentro de una hora. El solo hecho de pensarlo le produce un profundo malestar. De pronto se siente agotado. Lleva nueve horas encerrado en este despacho, tiene que salir. Y ni siquiera en estas circunstancias la opción de Ekelbam resulta remotamente atractiva. Tendrá que aguantar durante una hora su repulsiva extravagancia. Pero la cita semanal con Ekelbam es importante, y mucho. Ekelbam es el brazo derecho de Jimi Sabarian, propietario de Redex, quien ostenta más del treinta por ciento del mercado de cápsulas simuladoras. La madre de todo esto que le ha hecho multimillonario. Larin adora a Jimi Sabarian, de un modo abstracto. En realidad no se llevan demasiado bien desde que Larin, siendo su empleado, le robó la tecnología necesaria para fundar su propia empresa. Tecnología que, por otro lado, él mismo había desarrollado. Sabarian es un viejo ingeniero mezquino y ególatra, aunque se oculte detrás de un dandy rigurosamente vestido con trajes de firma. Debe rondar los noventa años de genialidad y desequilibrio por igual, que se traslucen en cada una de las líneas de código que le representan en la Red.

Por algún extraño motivo que Larin no alcanza a comprender, Surim Ekelbam le considera aún su amigo. Y eso no es algo que desdeñar, teniendo en cuenta que Ekelbam es adicto al diamante, el estimulante más poderoso de la Red. Cuando Ekelbam está bajo sus efectos es como un niño en sus brazos. A Ekelbam le da por hablar y a él le da por escuchar. No es poco beneficio a cambio de un par de copas a la semana en compañía de dudosa calidad.

Pero no debe llegar tarde, Ekelbam es impaciente, y aún tiene asuntos que resolver. A eso de las siete de la tarde Ekelbam resulta ya completamente insoportable. Abre su agenda y busca un nombre: Ev... Evelyn. En ese momento suena de nuevo el intercomunicador.

—Dígame, Darsy.

—Es otra vez su ex mujer, señor Salen, insiste en hablar con usted. Dice que es importante.

Larin duda un segundo y cierra la agenda.

—De acuerdo —resuelve cansadamente,— pásemela.

Se deja caer de nuevo en el sillón y pone los pies sobre la mesa.

—¿Stepahn? —emite una voz estridente.

—¿Yilea?

—¡Maldito seas! Llevo todo el día llamándote y el señor ocupado no se ha dignado a contestar.

—Déjate de estupideces —reclama Larin en tono desesperado.

—Tengo problemas Step, eso es lo que quería decirte. No voy a poder estar esta noche, ha surgido algo imprevisto.

—¡Yil! —exclama Larin exacerbado,— es el cumpleaños de Milen, maldita sea. ¿No puedes estar siquiera una vez donde se te necesita?

—Stepahn, lo sé. Esto también es importante, créeme —suplica Yilea de un modo un tanto artificial.

—¿Ah si? ¿Qué es esta vez? —inquire Larin tratando de hacer daño— ¿Tienes un nuevo compañero que requiere toda tu atención?

—Tú ocúpate de tus negocios y de tu amiguita Evelyn —lanza Yilea contraatacando,— ¿o es que ya se ha cansado de ti?

—Bueno basta ya, no tengo tiempo para tonterías —ataja Larin.— ¿Saben los chicos que no vas a estar?

—Díselo tú, Step, esta noche tendrán que quedarse contigo. Ahora he de irme. Te lo agradezco, de verdad.

Yilea corta la conexión. Larin no puede estar más estupefacto. Se levanta repentinamente del sillón y mira su reloj. Si se da prisa aún tendrá tiempo de pasar a ver a Evelyn y decirle que los chicos pasarán allí la noche. Una noche más.

Descuelga su abrigo del perchero y sale de inmediato hacia Valle Templado.



La zona de control puede resultar un tanto molesta si uno está acostumbrado a ir y venir sin dar cuentas a nadie. Para la clase alta de la Red es la clave de su existencia, sin ella serían como los demás. Por eso la zona de control es buena, impide que se mezclen con ellos elementos indeseables. Qué son treinta segundos de rutinarias comprobaciones de identidad a cambio de la seguridad de un mundo entero. Las barras horizontales se completan: cargando módulos, leyendo estructuras de destino, verificando registro de identidad... Larin podría repetir todos los mensajes de memoria. Son la historia de su vida. Un fogonazo y ya estamos dentro.

Dos minutos antes estaba de pie ante su amenazadora mesa del despacho, en la última planta del edificio Salen, esperando la lluvia. Ahora recorre una sinuosa carretera caprichosamente iluminada por los rayos del sol, que se cuelan entre las ramas de los árboles que flanquean el camino. La estampa es digna de un anuncio publicitario. Larin toma nota mentalmente. A los lados se extienden infinidad de casitas esparcidas al azar por los inmensos prados verdes. Allí es donde deberían vivir, alejados de todo, si la incansable tenacidad de Evelyn por mantener la sencillez en sus vidas no pudiera con él. La rasante sube y baja a su antojo provocando un agradable hormigueo en el estómago. Sin duda ese diseño no es casual.

Una loma más y se accede a un pequeño valle. Veinte o treinta edificios de tres alturas configuran una compleja red de cascadas rebosantes de vegetación. El vehículo de Larin se desliza silenciosamente bajo los arcos y entra en el garaje del apartamento número veintitrés. La puerta se eleva dócilmente a su paso. Un segundo después se abre la puerta del salón. Larin sale del coche y entra en el apartamento.

—¿Eve? —llama Larin paseándose por el salón.

En realidad sabe que Evelyn estará arriba, en la habitación, leyendo, viendo una película...

cualquier cosa que pueda hacerse desde la cama. Pero avisar de su llegada le parece un signo de cortesía, lo cual hace pensar que a pesar de vivir también allí no considera ese apartamento como su hogar, sino como la casa de Evelyn. O quizás no quiera saber si Eve tiene otras compañías y prefiere darle tiempo a que, sea lo que sea, desaparezca.

El salón es una estancia amplia y luminosa, toda una pared la forma el ventanal que da a la terraza. Uno de los cristales está abierto. Larin se desliza al exterior. Hace una tarde espléndida. Cierra los ojos y se concentra en percibir las partículas de aire que rozan su cara. Es un efecto increíble, y lo ha creado él. Le devuelve a la realidad el exquisito sonido de los pies desnudos de Evelyn bajando las escaleras de madera. Otro hallazgo formidable.

—Hola, Larin —susurra Evelyn desde media altura,— me alegro de que hayas venido pronto, no me encuentro muy bien.

Larin la mira fascinado con un pie dentro y otro en la terraza. Al acercarse a él con ojos asustados es cuando repara realmente en sus palabras. Evelyn no tiene buen aspecto. Sus movimientos tienen algo extraño.

—Dios mío, Eve, ¿que ha pasado? —pregunta algo nervioso.

—No lo sé, a media tarde he empezado a sentirme mal, mareada o algo así.

Si tuviera que hacer un informe ahora mismo no sabría bien qué poner en él. Evelyn tiene algo raro en su forma de hablar, en su aspecto físico, como si algo microscópico dentro de ella se estuviese transformando caprichosamente a una velocidad endemoniada. Pero no sabría decir qué. Sin embargo sabe tantos secretos oscuros acerca de la Red que tiene motivos suficientes para temer que se trata de algo grave.

Evelyn da un paso hacia él, esperando su encuentro, pero Larin retrocede. Se podría trazar un mapa de las facciones de Evelyn girando hacia el pánico. Pero Larin tiene ciertas nociones de lo que hay que hacer.

—Eve, no te muevas. Sal de la cápsula inmediatamente.

—¿Qué? —pregunta Evelyn sin acabarlo de entender.

—Desconecta ahora mismo el simulador, Eve. Quizás aún pueda hacer algo por ti.

—Pero... Larin, no puedo hacer eso —dice Evelyn con el mismísimo rostro del miedo.

Larin saca el otro pie de nuevo a la terraza y cierra el cristal. La mirada de Evelyn se clava en sus entrañas implorando ayuda. Larin le repite que salga del simulador, pero Evelyn se limita a negar con la cabeza, con las manos puestas en el cristal. Realmente ya no le oye, los cristales son estancos, él mismo los diseñó. Pero entiende perfectamente lo que le pide, del mismo modo que Larin comprende que Evelyn no va a salir del simulador. Ese hecho va a deparar que ésta sea la última vez que la vea. Evidentemente algo ha salido mal. Un cartel de aviso se interpone entre los dos: “Cita con el señor Ekelbam. Club Ramsie. 18:00 Hor. ¿Ir al lugar?”. Aún puede ver cómo Evelyn se pega desesperadamente a la lámina transparente. Se le parte el corazón. Una lágrima solitaria recorre la mejilla de Larin. Otro hecho extraordinario.

—Adiós, Eve.

Y dejando un beso húmedo en el cristal pulsa el botón de aceptar.

3. Una broma de mal gusto

19:23 HOR

Al final del embarcadero se mece suavemente un pequeño bote de pesca sin motor. Es curioso que aún esté aquí, pero más curioso es que los remos sí hayan desaparecido. En estas condiciones la barca no sirve absolutamente para nada. Y es una pena porque es un lago magnífico que invita a salir a pescar. El revoloteo de una familia de patos entre los juncos de la orilla le saca de su ensimismamiento. Curtiz se gira y vuelve sobre las tablas del embarcadero.

—¿Y dice usted que el anuncio de venta mencionaba el bote? —pregunta dirigiéndose hacia la orilla, sobre la marcha.

—Así es, lo he mandado analizar. Responde Hanes desde la orilla—. Mañana quizás sepamos algo más.

—Es de locos —murmura Curtiz sacudiendo la cabeza—. ¿Sabe qué me parece a mí?

—¿Qué le parece a usted, Curtiz? —pregunta Hanes lleno de curiosidad.

—Que nos está tomando el pelo.

A Hanes se le atraganta un poco el caramelo de menta casi extinto que saborea ya desde hace rato.

—¿Cree usted que lo del bote es un mensaje para nosotros? —pregunta con cierto temblor en la voz.

—No lo descarto, Hanes —contesta Curtiz con la mirada perdida—. Sobre todo porque no se me ocurre qué otra cosa puede significar semejante estupidez.

Evidentemente a Hanes la idea de que el astuto ladrón al que buscan convierta esto en algo personal no le hace ninguna gracia. Que un tipo capaz de burlar cualquier medida de seguridad, romper todas las claves, deshacerse de todo lo que roba y desaparecer sin más, haya decidido meterlos también a ellos en el juego, le produce una sensación aterradora.

—¿Y esa gente de allí? —pregunta Curtiz mirando hacia la casa.

—Son los de la inmobiliaria que compró la isla.

—¿Y qué hacen aquí?

—Están nerviosos, ya sabe, es mucho dinero.

—Que se vayan, aquí no pintan nada. Ya les avisaremos.

—Diré a Fergun que se encargue de ellos.

Curtiz mira otra vez inquieto el embarcadero mientras Hanes se aleja lánguidamente para hablar por el intercomunicador. Enciende un cigarrillo. No es un tipo que suela verse reflejado allí donde pone la mirada, pero no puede negarse que la referencia resulta evidente. Sin embargo, por el momento, será mejor tener la boca cerrada.

—¿Tenemos algo más? —pregunta cuando Hanes termina de dar las instrucciones.

—Pse... Lo de siempre —dice Hanes con desgana.— Se hacía llamar Hardi Aselton, y como siempre tenemos un verdadero Hardi Aselton que asegura haber sido suspendido del servicio un mes, desde el 10 de enero. Como era de esperar no consta en ninguna parte.

—Pero, ¿qué me dice de la casa, algún detalle más?

—Nada, la casa está vacía. El mobiliario vendido por lotes en subasta pública. Excepto los remos, claro.

Curtiz lanza una furiosa mirada a su compañero.

—¡Bueno! Pues ya no hay más que ver. ¿Todavía están esos aquí? —dice señalando discretamente con la barbilla.

—No, teniente. Esos son los del seguro.

—Que se vayan también. La casa queda bajo custodia judicial. No quiero ver aquí a nadie.

Sin esperar respuesta de Hanes, Curtiz presiona la tecla de salida y en unos segundos abandona la Red.



La sección de vigilancia de red consta de una estancia alargada, bien iluminada, con una batería de cápsulas simuladoras en paralelo, de cara a la pared de metal. Casi todas están ocupadas por hombres y mujeres de uniforme naranja. Tienen el aspecto de dormir plácidamente. Virtualmente alguno de ellos se halla en situación de verdadero peligro. Sin embargo en la galería no se escucha más que el ronroneo del sistema de ventilación. Aproximadamente en la mitad de la sala, una figura larga y sombría abandona aparatosamente una de las máquinas. Cierra la compuerta y se recompone el traje. Los oficiales no usan uniforme, ni dentro ni fuera de la Red. Hanes sonríe con cierta picardía.

—Esta agente no está nada mal, Curtiz. ¿Quiere que la esperemos?

—Me esperan en casa, señor Hanes.

—Vamos, no sea tan suspicaz, era una broma. A los dos nos esperan en casa. ¿Le parece que compartamos un coche?

Curtiz se detiene justo antes de salir por la puerta, se gira hacia el inspector Hanes.

—Sabe perfectamente que vamos en direcciones distintas. ¿Quiere decirme algo?

—Tomemos una copa, nos vendrá bien.

El ambiente está cargado en la taberna de oficiales. En el corazón del enorme edificio del departamento de defensa, sin una sola ventana, con un abandonado sistema de ventilación se crea una atmósfera repugnante. El local está atestado de policías dentro y fuera de servicio. En la barra no hay un solo hueco. Un par de mesas quedan aún libres.

—Mire Curtiz, le digo esto porque le aprecio como compañero y como amigo. ¿Cuándo fue la última vez que cogió unas vacaciones?

—¿Está de broma, Hanes? ¿Me va a dar una charla paternalista?

—¡Déjese de rodeos y conteste a la pregunta!

—No lo sé. No me acuerdo —responde Curtiz harto molesto.

—Pues de eso le estoy hablando. De que llevamos años detrás de este tipo y aún no tenemos nada. Si exceptuamos los remos, claro, lo cual agrega a toda la historia una elegante pincelada de surrealismo.

Curtiz se estremece de rabia al escuchar de nuevo el insidioso detalle.

—Tómese unas largas vacaciones, olvídense de él.

—¿Olvidarlo? Es un bonito consejo, viniendo de un agente.

—Dígame, con sinceridad, qué le ha hecho ese tipo.

—Ha infringido la ley. Unas mil o dos mil veces.

—Roba a millonarios despóticos y clasistas. No ha matado ni violado a nadie. No ha dejado a

ninguna pobre familia en la calle. ¿Moralmente le parece un tipo tan despreciable?

Curtiz tiene que pensárselo un momento.

—Millonarias.

—¿Qué?

—Roba a millonarias despóticas y clasistas.

—A ellas no les da más que un pequeño disgusto sentimental. Usted sabe igual que yo, que a quien roba realmente es a los poderosos magnates de la Red, a las compañías de seguros, a los propietarios de código, en definitiva, a quienes legislan en nombre de esa maquinaria que denominan Transgeo. Pero como no le parece suficientemente digno batirse el cobre por esa panda de prevaricadores y corruptos se inventa usted que va por ahí salvando doncellas en apuros.

—¿Vamos a presuponer que si son millonarias son personas carentes de sentimientos, señor Hanes?

El inspector se apoya en el respaldo, desvía la mirada por el bar, completamente desarmado.

—Está bien, Curtiz, supongo que tiene sus motivos.

Saca su terminal y teclea unas instrucciones.

—Si quiere llegar al final de esto, ya le digo yo que por este camino no vamos a conseguir nada. En la Red hay programadores muy capaces, Curtiz. Y hace muchos años que este departamento nuestro está tan podrido que ningún tipo listo en su sano juicio trabajaría para nosotros. Tenga —dice Hanes presionando la tecla de envío. Curtiz busca por los bolsillos su terminal—. Es la dirección de un tipo, no me pregunte quién, ni cómo la he conseguido. No es que sea una especie de detective privado, ni nada por el estilo. Se da la particularidad de que si la empresa es suficientemente descabellada y honesta, pondrá mucho empeño en ayudarlo.

Curtiz observa desconfiado el terminal.

—Sospecho que si le vende la historia por el lado de las damas en apuros quizás obtenga algo.

—No es precisamente el protocolo oficial, señor Hanes.

—Tómeselo como el consejo de un amigo, no de un empleado de la policía. No tiene que ponerse en contacto ahora. Guárdela y si la necesita utilícela y acabe con todo esto. Piense en unas buenas vacaciones —dice Hanes poniéndose en pie—. Sinceramente, hay cosas más importantes en la vida, y algunas de ellas nos esperan en casa. Dele recuerdos a su esposa.

Hanes se pone el abrigo y desaparece entre las mesas. Curtiz se queda unos instantes sentado, pensando que en una cosa su amigo sí tiene toda la razón. El departamento apesta. De todos los tipos que le rodean no podría encontrar a nadie que moviera un sólo dedo por ayudarlo. La mayoría se iría corriendo a alguna isla del CLD a vender la maldita información.

—¿Inspector? —dice una voz femenina a su lado—. No sé si se acuerda de mí.

Curtiz levanta perezosamente la cabeza. La conoce, se llama Ayrin, o Sailin. Fue alumna suya en los tiempos en que daba clases en la academia. La vida parece haberla arrollado literalmente en estos años. Ha engordado y su expresión es de hastío y cansancio.

—Claro, me acuerdo de usted.

—Le he visto aquí solo y me preguntaba si querría tomar una copa conmigo —propone esforzándose por mostrarse atractiva.

—Se lo agradezco, pero quizás en otra ocasión —dice poniéndose en pie.

—Tal vez prefiera ir a un lugar más tranquilo, no vivo lejos de aquí.

Curtiz se pone con calma el abrigo.

—Es una propuesta muy interesante, señorita, pero soy un hombre casado.

—Vaya, no lo sabía. Sin embargo, tampoco le estaba pidiendo matrimonio, inspector —repite con

una maliciosa sonrisa.

A Curtiz le invade una oleada de indignación por el comentario.

—Lamento haberle dado una falsa impresión —dice sosegado—. No soy de esa clase de personas. Discúlpeme.

Y sin esperar más réplica, con gesto decidido, abandona la cantina. Recorre como una sombra el interminable laberinto de pasillos que le escupe al exterior del gigantesco edificio. Espera en la puerta de embarque una lanzadera libre que le lleve a lo largo de las escasas dos manzanas que le separan de los apartamentos de oficiales. Una lluvia pesada y gruesa golpea los cristales de la estructura. Entonces vuelve a pensar en el caso que le quita el sueño. La maldita broma de los remos, que le pone los pelos de punta. Piensa en la insondable inmoralidad que le rodea, y reconoce para sí, con amargura, estar completamente abatido.

4. Caballos de viento

22:15 HOR

La rutina de activación comienza con el asalto al núcleo del sistema operativo: el mecanismo de control vegetativo. Una llamada a una interrupción del procesador central del simulador produce un corte en el flujo de información de algo menos de medio segundo. Ese tiempo es suficiente para realizar una segunda llamada a la raíz del diamante. Ésta contiene las instrucciones necesarias para la síntesis de las endorfinas. Se insertan en el código, se envían y se restablece la comunicación devolviendo el control al flujo principal. Así funciona.

Esto provoca que las constantes vitales virtuales adquieran un retraso de medio segundo respecto a los ritmos reales. Y naturalmente ese desfase no es lo más aconsejable. En situaciones de estrés, depresión o angustia puede tener un efecto de incremento exponencial del pánico. Pero Lorens sabe controlarlo a la perfección. Basta con no abusar. No más de dos o tres dosis por sesión. Dos segundos de retardo en la regulación de las funciones vegetativas puede resultar demasiado para cualquiera.

El gusano ya está dentro. Es entonces cuando el mecanismo entra en acción. Las instrucciones viajan en forma de fotones por la red de fibra óptica que comunica la CPU con el Inhibidor. Allí chocan con un cristal piezoeléctrico que desprende una corriente de hadrones que salen disparados por el tubo de descarga hasta impactar bruscamente en una lámina metálica. Como consecuencia del impacto un bosón se desprende del núcleo de un átomo inestable y se dirige hacia el sistema portal de la hipófisis, el puente que lleva al hipotálamo, la gran autopista de información del cerebro. Allí impacta con su homólogo antisimétrico y culmina el equilibrio desprendiendo o absorbiendo una partícula alfa característica. Esa partícula alfa es un cero o un uno. Ocho dígitos cada vez, que representan el código genético de cada aminoácido de la cadena polipeptídica. Mensaje recibido.

Ahora ya sólo es cuestión de esperar unos segundos. Las instrucciones pasan al hipotálamo y permiso concedido. De vuelta a la hipófisis empieza el juego. Serotonina, dopamina, oxitocina, y todas las múltiples combinaciones de endorfinas que sea uno capaz de identificar se disparan por todo el cerebro atraídas por los impulsos eléctricos de las neuronas.

Lorens pierde por un momento la visión de sí mismo que le devuelve el espejo. Agacha la cabeza y se sujeta con ambos brazos en el lavabo. La música y las carcajadas de la habitación, que antes percibía como un insoportable martilleo, vuelven poco a poco desde la distancia con un tono más armonioso. Se quedan flotando a unos metros de distancia, como se percibe el sonido debajo del agua. Y ya puede respirar. La primera bocanada es desmesurada, el oxígeno levanta una oleada de explosiones sedantes en el interior de su cerebro y resopla. Se mira de nuevo al espejo, su aspecto no ha cambiado un ápice. La barrera hematoencefálica mantiene en el interior de su cabeza las sustancias generadas por el diamante. El resto de su cuerpo está limpio. Para la máquina no ha ocurrido nada.

Alguien aporrea impetuosamente la puerta.

—Ocupado —grita Lorens asimilando la nueva sensación.

—¡Yo también quiero un poco de eso, tío! —suplica la patética voz de Nigel a doscientos metros de

profundidad.

Pero eso le importa ahora mismo bien poco a Lorens, mientras navega por el océano interminable de su consciencia. Se siente de nuevo bien. Abre el grifo y deja correr un instante el agua por sus manos abandonándose a una sensación de frescor y limpieza que le abarca el cuerpo entero. Se estremece y sonríe.

—¡El puto Larin! —deja escapar en voz baja por la comisura de su sonrisa.

Se seca y abre la puerta. Sí, eso era lo que necesitaba. Una bandada de notas musicales le golpea el pecho al abrir. La habitación está completamente viciada. El humo de los cigarrillos forma una espesa niebla que aumenta hacia el techo. Apenas se ve la puerta desde donde está.

—¡Eh, tío! ¿Tienes un poco más de eso? —mendiga abiertamente Nigel, con expresión absurda, apoyado morosamente en la pared.

—¡Que te jodan!

Que le jodan. Lleva toda la tarde igual. Lleva toda la puta vida igual, como si cada vez fuera la primera, como si no recordase haberle pedido nunca nada. Lorens es quien paga la habitación, la música, la bebida... Que se joda el puto Nigel.

Y se adentra en la espesura sin ni siquiera mirarle. Por todas partes hay objetos tirados, efecto colateral de los tres días que llevan allí metidos. En ese momento Rober Maquena abre la puerta una vez más, como si estuviera allí desde el viernes para hacer de portero. Dos tipos con gabardina y sombrero entran en la habitación mirando desconfiados como si esto fuera un salón de juego clandestino. Dos bonitas muchachas entran con ellos. Si no les conociera pensaría que son policías. Pero son programadores, les ha visto más de una vez en ciertas reuniones. Sin embargo no son lo suficientemente importantes para que Lorens retenga en ellos la mirada ni un segundo más. Junto al equipo de música, la silueta de una bonita muchacha le llama poderosamente la atención entre los jirones de niebla. Suaves y acompasados movimientos al ritmo de la música mecén su cuerpo arriba y abajo.

Ha llegado hace un rato, pudo ver cómo Maquena le abría la puerta. Incluso cree haber cruzado unas palabras con ella, pero no recuerda su nombre. Observa paralizado los hipnóticos balanceos, los trazos imaginarios de sus dedos en el aire.

—Tú eres Lorens, ¿no? —interrumpe la voz sospechosamente grave del recién llegado.

A Lorens le chirrían millones de colisiones metálicas en el cerebro. Vuelve la cara hacia el tipo intentando mostrar todo el disgusto que siente por verse asaltado en su ensoñación.

—Y tú eres Ansel, ¿no? Nos hemos visto alguna vez.

—Sí —responde el tipo poniendo fin a esa parte de la conversación—. No sabía que habías vuelto. Me alegro de verte.

—Nada dura para siempre.

—Ya veo, te lo montas bien, amigo.

Se queda a su lado unos instantes, observando la inmensa habitación.

—Busco diamante, quizás puedas ayudarme.

Lorens agradece la concisión, elimina de su mente la alarma ante cualquier posible situación anómala que se pudiera presentar, y puede volver a concentrarse en su lúbrica visión.

—Acabo de bajarme una descarga, pero sírvete —dice Lorens ofreciendo un enlace en su consola.

—Te lo agradezco, tío, pero no me refería a eso. Necesito treinta megas.

—Vaya, será una buena fiesta.

—Si consigo ese diamante lo será.

—Habla con Rober, el tipo que te ha abierto la puerta, dile que eres un amigo.

—Un placer —asegura Ansel retirándose hacia atrás con un ridículo gesto en el ala del sombrero.— Pásate si te apetece, te enviaré la dirección.

Inmediatamente se evapora de su consciencia y se sumerge de nuevo en la tentadora danza que tiene ante sí. El universo cobra sentido por unos minutos. Lorens se acerca, contempla fascinado los matices que aporta la proximidad, el resplandor vítreo que produce la luz en el contorno de la piel bronceada, las ondas que recorren el cuerpo mostrando gran parte de su desnudez. Y se suma a ella.

El cuerpo de Lorens se desliza sirviendo de molde para los movimientos de la chica, a unos milímetros de distancia. Ha captado la intención y ha aceptado el juego. Lorens y ella se deshacen en giros y ondulaciones por la habitación transportados por una música hipnótica que se acerca a su clímax final. En cada roce y cada aproximación las endorfinas naturales que produce el cerebro de Lorens se suman a la fiesta hormonal de su cabeza.

Al besarla por primera vez siente cómo se ablanda en sus brazos y su propio cuerpo se estremece. Por unas décimas de segundo no puede evitar pensar nuevamente en Larin. Pero la atrayente sensación le mantiene atado a ella. Ya no puede más. Desliza su mano por el vientre de la chica.

—Espera, espera —susurra ella en tono comprensivo, conteniendo discretamente la mano de Lorens entre sus piernas—. Vamos al otro cuarto.

—Hagámoslo aquí, en el sofá.

La chica pasea una discreta mirada por la estancia, más por curiosidad que por verdadero estudio de campo. Concretamente dicho sofá se halla ocupado por un tipo en estado catatónico que acompaña la música con leves movimientos de cabeza. En el sofá contiguo una pareja habla aceleradamente con signos de evidentes interferencias.

—No, aquí no, vamos al cuarto.

—¿Y con un poco de esto? —pregunta Lorens mostrando un pequeño diamante azulado.

—¿Qué es?

—Lo que tú quieras.

La chica parece cobrar de nuevo consistencia, toma unos centímetros de distancia.

—Oye tío, me encantaría bajarme esto contigo y follar hasta que no te quede una bocanada de aliento. Pero en otro cuarto, en otro hotel, en tu casa, donde quieras, menos aquí en medio de todos estos colgados. ¿Lo entiendes? —toma aliento, busca alguna reacción en el rostro de Lorens que no se inmuta.—. Si no te interesa no me hagas perder el tiempo.

De pronto se abre un abismo entre Lorens y su consciencia. Tiene la sensación de verse de lejos, de ver la mierda de la que habla ella. Todos estos colgados que le chupan la sangre en cuanto tienen la ocasión. Puede intuir la figura de Nigel a través del humo, merodeando la puerta del servicio, esperando como un buitre a su cadáver. Su estado de ánimo se suspende, se tambalea. No sabe muy bien qué siente. Por un momento la idea de follársela allí mismo le había llenado por completo. Relacionado más con una sensación de inmediatez que de publicidad. Pero ahora ya no sabe qué pensar, ya no le excita la idea. Se queda parado unos segundos observándola. No es más que otra zorra comefiestas. ¿Por qué iba a sentir algo por ella?

—Esta bien, vamos al cuarto —acierta a balbucear llevándosela de la mano.



Lorens arremete una y otra vez contra la muchacha, que con las manos apoyadas en la pared se protege de salir proyectada. Siente un terrible calor. Todos los poros de su piel están abiertos al máximo y la maquinaria muscular trabaja a toda potencia. El ejercicio y el contacto sexual disparan una vez más la síntesis proteica y el efecto se relanza. Pero Lorens puede sentir con claridad la

ausencia de oxitocina en su cerebro. Aunque la sensación de placer es irresistible, el orgasmo le parece de repente inalcanzable. Alguna que otra imagen de Larin y algunos más de su calaña se cruzan ilegalmente por su mente. El cuerpo de la muchacha culebrea entre sus manos y le da la impresión de que no es capaz de atraparla. Nota cómo su libido pierde intensidad. Un rumor vago corretea por algún lugar del cuarto en penumbra. Las ideas ahora se entremezclan y confunden. Imagina de pronto que al otro lado de la Red, enganchada al simulador como un animal en estado vegetativo, hay una espantosa obesa de setenta años. O quizás peor, un tipo rechoncho y velludo de mediana edad.

Lorens cambia el ritmo, vuelve a la realidad. Pasea delicadamente una mano por la espalda de la muchacha que se retuerce a su paso. La acaricia. Es hermosa. Pero ese rumor le está taladrando el cerebro. Esto no tiene buena pinta. El ciclo adrenalínico está revirtiendo, sabe perfectamente lo que va a pasar. El monótono bisbiseo va transformándose en palabras que rebotan por la habitación. Entonces se da cuenta, es ella, sin duda, está hablando. Lorens no se lo puede creer. Por si fueran pocas todas las cosas absurdas que pasan por su maldita cabeza ahora ella está hablando sola. Es más de lo que puede soportar.

Lorens se aparta como si hubiera recibido una descarga eléctrica y comienza a vestirse rápidamente. La chica tarda unos segundos en reaccionar.

—¿Pero qué haces? —le grita entre aturdida y cabreada.

—Lo siento, ha sido un error —responde Lorens terminando de recoger sus cosas.

—¿No me irás a dejar así?

—Espérame, tengo que salir.

Y sin más abre la puerta y sale al pasillo. Con paso decidido busca la puerta del baño, que afortunadamente está libre y cierra de golpe la puerta tras de sí. Ahora no está en condiciones de saborear la jugada. Se sienta tambaleante en la taza y lanza la rutina de suspensión.



El ritmo avasallador de la música ha dado paso a un silencio atroz. Las notas retumban aún por el suelo del apartamento medio vacío y producen un suave cosquilleo en los pies de Lorens mientras sale de la cápsula. Pero la distribución de la casa le desconcierta. Lleva ya tres semanas afuera y no ha conseguido familiarizarse con el lugar. Lo interpreta como una simple extensión de su cautiverio.

Consigue identificar el camino del baño y camina tembloroso ayudándose de la pared. Se mira en el espejo, tiene un aspecto horrible, un aspecto aterradoramente real. Esta vez lo ha pasado mal de verdad. Se pregunta si esto es lo que ha estado esperando tanto tiempo. Que dejen de observarle para poder destruirse en paz. Está asustado y siente ganas de llorar.

Se lava y se seca la cara y las manos. Sale de nuevo a la estancia principal y se queda unos instantes allí de pie, observando. La única lámina de la pared es una melancólica mirada, llena de matices que no ha conseguido descifrar en las largas noches en prisión. A veces es un amable reproche, a veces una cálida esperanza. Era la única decoración de su celda. Y es lo único que hay en su apartamento. El retrato de Alen, y las cápsulas. A su izquierda la que aún está conectada a su fiesta de bienvenida, con su cuerpo sentado en la taza del baño. Un aparato convencional, modelo básico, cortesía de Redex tras su liberación. A la derecha la niña de sus ojos, austera, visiblemente retocada, estrictamente funcional. El fruto de su trabajo en la cárcel.

Sin embargo desde que empezó la fiesta todos sus proyectos parecen haberse esfumado. La bandeja de entrada de su correo rebosa mensajes de ese tal Jenison, tan desagradable, que le recuerdan que salir de esto no va a ser tan fácil como le prometieron. Un escalofrío le recorre el

cuerpo. Vuelve de nuevo a la cápsula y conecta el simulador.



Se pone en pie y percibe que tiene algo en la mano. La abre lentamente, hasta descubrir uno de esos diminutos diamantes azules. Lo presiona y activa la descarga. La primera subida le produce una sacudida, y se sujeta al lavabo. Ya está, de nuevo se siente mejor.

Al salir del baño no es al bastardo de Nigel a quien encuentra. Algo le retiene poderosamente la mirada. Vuelve con fuerza la tensión sexual. Es la que vino hace un rato con ese tipo, Ansel. Le observa tranquilamente, apoyada en la pared.

—¿Sales o no? —le apremia.

Se queda parado, en medio del intenso humo, completamente atrapado. El ambiente sucio y decadente del salón le provocan inexplicablemente el mismo sentimiento anterior. No se lo piensa más. Se acerca a ella.

—¿Cómo te llamas?

La muchacha retira lenta y embaucadora la mirada. Es perfecta.

—Mara —responde secamente, dejándose observar.

—Ven conmigo.

Lorens la toma de la mano y la arrastra por el pasillo hasta el cuarto y entra sin llamar. Entonces recuerda, como un latigazo. La otra chica, que aún estaba en proceso de asimilar lo sucedido, sigue allí, a medio vestir. Lorens cierra la puerta.

—¡Eli! —exclama Mara al entrar.

Mara inclina la cabeza para comprender bien.

—¿Qué haces ya aquí?

—El señor Celes llegó antes de tiempo y decidí adelantarme —dice Eli, cuyo nombre desconocía Lorens hasta ahora—. Pero veo que ha sido un puto error.

—¿Qué ha pasado?

Lorens por un momento olvida qué hace allí. Luego se lanza bajo la ropa de Mara con evidente precipitación.

—Espera, espera, ¿qué es lo que quieres, hacértelo con las dos?

—Ni de coña, este tío está mal de la cabeza —le responde Eli por su cuenta —.Yo me largo.

—No, espera un momento —le ruega Lorens interponiéndose entre ella y la puerta —. Sólo con una de las dos, ¿de acuerdo? La otra puede mirar.

—Yo paso —sentencia Eli.

—Bueno, no parece tan obsceno, ¿no? —pregunta Mara con evidente sorna.

El cerebro de Lorens vuelve a funcionar. Tiene la sensación de que su hipófisis comienza a trabajar.

—Ya, pues yo paso, te digo que este tío no es normal. ¿Puedo? —le solicita Eli señalando la puerta.

Lorens se hace a un lado y la deja pasar, venido abajo una vez más. Eli abre la puerta y sale sin cerrar. Lorens se ha quedado de nuevo colgado, no responde a la mitad de los estímulos del entorno. Mara cierra suavemente la puerta y le sonrío. Lorens no tiene la menor idea de qué demonios significa eso. Las manos de Mara comienzan a recorrer su cuerpo produciendo en Lorens todo tipo de efusiones, pero el contacto le llega sesgado, en forma de ondas que atraviesan el campo magnético que les separa. Se está empezando a marear. Pero no es capaz de sustraerse de las manos de Mara, de su cándida mirada, y trata de abstraerse de nuevo hacia el placer.

—Oh, Alen —se le escapa en un murmullo inaudible que Mara no replica.

Gime y se desvanece tras las imágenes confusas que se cruzan por su cerebro. Una punzada de tensión le asalta. Mara le sujeta la cara con suavidad, le recorre con unos besos cálidos que a Lorens le transportan a otro tiempo lejano. Le lleva hacia la cama. Y después todo parece fluir de nuevo con normalidad. Siente cómo su cerebro empieza a producir oxitocina y serotonina mientras se deja desnudar. El roce de las caricias le alejan del sexo descontrolado que le embotaba los sentidos y le sumerge en una sensación casi olvidada.

Los dedos cálidos de la chica se deslizan por su cuerpo y le hacen estremecer. Abandona toda actividad y se lanza hacia el clímax casi llorando de emoción. Pero en algún punto de la sobrecogedora culminación, la imagen de Alen se vuelve a cruzar por su consciencia y le congela el pensamiento. Se atranca, su cuerpo comienza a sufrir espasmos. Y de pronto ya sabe qué es lo que pasa.

—Alen —dice en voz alta.

—¿Qué? —pregunta Mara atónita.

Y se desconecta definitivamente del servidor.

5. Aquí ya no vive nadie

23:51 HOR

Cuando llegan, el malecón está desierto. La luz cobriza del atardecer se filtra por la estructura plástica. Corren enfervorecidos y asustados hacia el panel roto, al final de la dársena y se escabullen por el hueco como animalillos nerviosos. Una vez fuera se les congelan los sentidos, se quedan petrificados ante la visión del océano. Bari golpea una piedra con el pie y cae al agua. El sonido sordo que produce les pone los pelos de punta. Ríen histéricos durante un instante.

—¿Quién anda ahí? —atruena una voz desde la dársena contigua, a sus espaldas—. ¿Cuántas veces os lo he dicho?

Cuando Emi quiere ponerse en movimiento se ha quedado solo. Pero no tiene miedo del hombre. Lo que le aterra es dar un paso en falso y caer al agua oscura.

—¡Malditos muchachos! ¡Veréis como os coja! —les grita el hombre corriendo tras ellos a lo largo del malecón.

Emi entra con cuidado, sin hacer ruido. Una vez dentro, al levantar la vista, encuentra los ojos enrojecidos de su padre.

—¿Cómo tengo que decirte que no quiero veros por aquí? Este no es lugar para jugar.

Emi siente que le ha decepcionado horriblemente.

—No iba a hacer nada malo. Me gusta ver el mar.

El gesto de su padre cambia de pronto. Un guiño cómplice le devuelve el aliento.

—Un día te llevaré conmigo. Pero ahora vamos a casa, ya he terminado por hoy.

Lo siguiente que ve es la entrada de la casa, con el patio lleno de plantas en flor y las columnas de relieve gastado por donde pasa la mano.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? Estaba preocupada.

—Fui a esperar a papá.

Le mira suplicante.

—No te preocupes, estaba conmigo —confirma su padre.

Y Emi se siente libre para subir corriendo a su habitación. Pero un incómodo silencio le retiene en la escalera.

—¿Cuándo ha llegado? —pregunta su padre en tono serio.

—Esta mañana —responde ella asustada, e inmediatamente rompe a llorar.

—Vamos, vamos, no nos preocupemos, encontraremos una solución.

—No voy a separarme de él, Karel. No aún, es tan pequeño...

—Nadie va a separarnos, no lo permitiremos, Claudia, no vamos a ceder ante ellos.

Y a Emi la palabra “ellos” le hiela la sangre. No sabe quienes son, pero sabe que quieren separarle de sus padres. Si tuviera que enumerar todos sus interminables miedos, ése sería el más terrible de todos con diferencia. Una sacudida involuntaria le produce la sensación de caer a plomo a través de la escalera.



Ervin sufre una convulsión que casi le pone en pie. Se queda sentado en la cama, hiperventilando, el pulso desbocado. Y mientras recobra poco a poco el sentido de la realidad empieza a hilar su primer pensamiento: Esto no debería ocurrir. No aquí dentro. Y desconecta el simulador.



Sale de la cápsula con dificultad. Se apoya en la portezuela para ponerse en pie. Es un hombre alto, fibroso, aún joven. Uno de esos casos extraños en los que la imagen red se asemeja cualitativamente a la realidad. Aunque en este momento su presencia física se halla notablemente mermada. Las endorfinas y dopaminas que inundaban su cerebro durante el sueño han cedido con rapidez a la presencia de los receptores GABA que produce el efecto bifásico del alcohol. Pero es un dato insignificante entre la cantidad de factores que producen sus pesadillas. El neurotransmisor GABA es un retardante e inhibidor de la conexión neuronal. Por eso se encuentra en este estado de indolencia. De otro modo tal vez estaría profundamente angustiado.

Desconecta con calma los aparatos, pone en funcionamiento el sistema de seguridad y apaga la luz de la consola de trabajo. La estancia tiene la estructura de una cabina. Parece más un centro de control que un simple simulador de realidad virtual.

Ervin sale de la cabina estudiando los datos del electroencefalograma. Unos sueños cortos y cambiantes en el comienzo de la fase II del período de movimientos oculares lentos le impidieron reducir con eficacia la frecuencia y amplitud de las ondas cerebrales que propician el sueño. Se suspendió el bloqueo sensorial y motriz, y nada más que un ligero espasmo fue necesario para catapultarle de nuevo a la consciencia. Nada de sueño profundo, cero descanso efectivo.

Va una vez más al baño. Pero la necesidad de evacuar líquido no proviene tanto de un hecho fisiológico como de la sensación de haber ingerido más cerveza que la que admite la capacidad real. No sale nada. Se incorpora, vaga lentamente hacia la puerta en lugar de volver a la cabina, y sale al pasillo. Las amplias estancias de la casa hacen eco del arrastrar de las zapatillas de Ervin. Entra en la cocina. El suelo de mármol pulido refleja la luz puntual que ilumina los bajos de los muebles superiores. Tiene un color similar al del mar, el de la Red, cuando se observa el puerto desde un barco unas cuantas millas mar adentro. Ervin camina sobre las aguas hacia la bahía. Junto a la nevera está la puerta de la despensa. Una estancia de superficie rectangular, quizás tres metros cuadrados. Ervin entra, enciende la luz y cierra la puerta. Busca algo que se resiste tras unos botes de comida. Aquí está. La pequeña estancia empieza a ascender, en un silencio riguroso, en lo que parece ser una eternidad.

Finalmente se detiene. Ervin abre la puerta y sale de nuevo a la cocina. Pero la escena ha cambiado por completo. Ahora hay una cocina pequeña y avejentada, con evidente falta de limpieza. Ervin la cruza y sale al salón, una angosta estancia de dudoso gusto, y busca en los cajones del aparador. Revuelve papeles y cables hasta dar con una pequeña caja de cartón. Cierra el cajón con una mueca de satisfacción. Se acerca a la ventana que mira hacia el valle de casas desordenadas. Un laberinto de polímeros las conecta a todas con la carretera principal, a modo de cordón umbilical. Una lluvia hostigada golpea el vidrio como si tratase de atravesarlo. Un perro ladra intermitentemente en la distancia.

Ervin enciende uno de los cigarrillos que contiene la caja. Exhala el humo, que rebota en el cristal de la ventana y vuelve por su izquierda. Sabe que ahí afuera, en algún lugar habrá alguien buscándole. Pero no es una sensación nueva. Es algo que le ha acompañado desde que escapó del

internado. Ronronea dulcemente en noches como esta en las que todo está en calma y puede oír incluso sus pensamientos.

Eso es lo que no le ha dejado dormir. Pero no es el miedo, sino la tensión, la incertidumbre. El pensamiento constante en la seguridad, en cada acto cotidiano, en cada movimiento desconocido. Se pregunta últimamente cuánto más podrá mantenerse atento, sin perder la concentración. Sabe que están cerca del final, que lo tienen al alcance de la mano, y ahora más que nunca es cuando existe peligro de relajarse, de cometer el error que le entregue en bandeja a la policía. A veces cree sentir el aliento de la Federación en la nuca. Una mirada que le observa en silencio. Una voz que pronuncia su nombre. Ervin. Ervin Sans.

¿Pero quién es realmente Ervin Sans? Ni siquiera es su nombre real.

Conoció al verdadero Ervin en el centro infantil de Baisol Fink. Era un muchacho pequeño y macilento con el que coincidía a menudo en la enfermería. A duras penas podría decir que se hicieron amigos, a pesar de la cantidad de tiempo que pasaron juntos. Envidiaba a Ervin porque él no estaba sólo en este mundo. Tenía unos padres a los que casi no había conocido, que incapaces de afrontar su enfermedad habían tenido que ingresarle desde muy pequeño. Pero al menos era algo. Ervin no tenía esa rabia metida en el cuerpo. Y eso les separaba definitivamente.

Sin embargo la enfermería de un internado es un lugar decididamente agradable si eres un niño débil y retraído, que jamás ha oído hablar de la Red y que no habla más que una extraña lengua desconocida. Junto a Ervin y otros como él, tomó por primera vez contacto con el mundo real. Aprendió el nuevo idioma y se introdujo en la computación. Las horas largas de la enfermería daban para mucho. En poco tiempo descubrió que aquello le gustaba, que la vida no era tan horrible después de todo. Había encontrado un motivo para vivir. Sólo necesitaba salir de aquel horrible lugar, y la muerte de Ervin resultó providencial.

Los recuerdos de las sucias celdas, de las horas de estudios y los humillantes juegos del patio, pueden no resultar agradables, pero constituyen ese concepto en la mente que se identifica como el hogar, el lugar de donde se procede. Lo demás ha quedado ahogado por la distancia. Abocado a ese terreno fangoso del sueño. Amenazando desde las sombras de su anhelado proyecto.

Observa las luces de la carretera que baja por la ladera. Nada, ni una lanzadera, ni un colectivo, ni un vehículo de servicios. Nada. Y así puede pasarse horas vigilando atentamente la carretera y no verá un solo signo de vida. Sólo el sonido de la lluvia impertinente. El tenue resplandor de Akilan, la luna, tras la masa nubosa. Toda la gente metida en sus casas, con sus trabajos en la Red, sus juergas en la Red, sus mascotas en la Red... Se pregunta si realmente hay alguien ahí fuera que alimente a ese perro, o no es más que otro engaño.

Ervin termina el cigarrillo y busca con la mirada un lugar donde apagarlo. Lo sumerge en una taza de té sin terminar. Guarda los cigarrillos en el cajón y recorre el camino a la inversa de vuelta a su agujero.

Una vez abajo deambula por el pasillo mirando las habitaciones y se detiene un instante en la última puerta. Observa la cama, impecablemente arreglada. No recuerda la última vez que durmió allí. Las pesadillas solían despertarle como a un excombatiente, desorientado, empapado en sudor, con el ritmo cardíaco disparado. Pero las pesadillas le han alcanzado también en la Red, ya no hay lugar donde cobijarse.

Ha estudiado sus periodos de sueño, analizado millones de datos en busca de una respuesta. Pero ya no sabe dónde buscar. En esta tesitura la realidad le parece un lugar amable, acogedor. Entra en la habitación y rodea la cama. Se quita la bata y la deja sobre una silla. Se sienta sobre el colchón y pasea la palma de la mano por la sábana de raso, en el preciso lugar donde está doblada hacia afuera,

invitándole a entrar. Tira hacia arriba del embozo y se cuelga bajo las mantas. Le produce un inexplicable placer. Extiende las extremidades en todas direcciones y un agradable estremecimiento le recorre el cuerpo. Cierra los ojos, y en dos minutos está emitiendo ondas alfa características de la fase II, el mismo punto que tanto le costó alcanzar antes, sólo que no hay nada que lo registre.



Tiene una serie de pensamientos vagos acerca de la vieja casa, donde hay mucho movimiento, varias personas hablando a la vez. Una mujer, quizás, que le acaricia el cuello mientras él está sentado a la mesa de la cocina. Un perro que ladra en el jardín. Por la ventana entra el sol formando una cascada incandescente a través de las láminas de la cortina. En algún lugar de la cocina que no es capaz de precisar, una voz pronuncia un nombre.

—Emi, no me gusta que vayas allí.

Es una voz de mujer. Inmediatamente después se encuentra de nuevo en el puerto.

—Ponte esto.

Su padre le tiende un ajado equipo de protección. La mascarilla le cubre por completo la cara y el traje de neopreno es inmensamente mayor que él. Aun así, le cuesta deslizarse dentro, la tela se adhiere a su piel tierna. Y después salen al embarcadero.

—Vamos, sube —le dice cogiéndole de la mano.

Pero Emi no tiene mínimamente claro que pueda atravesar de un salto la distancia que separa el muelle de la barca.

—No llego.

—Sí llegas. Confía en mí.

Y unos minutos después se alejan ya del malecón, acompasados por el zumbido suave del motor eléctrico. Apenas puede creerlo. Están sobre el agua. Emi aguza la vista pero no consigue ver nada, como si se tratase de una masa opaca, pero sabe que no es así. Le vuelve el miedo.

—El miedo te paraliza y eso no es bueno. El respeto te recuerda el peligro, evita que uno se confíe y haga tonterías. En el mar hay que tener todos los sentidos alerta. Eso decía mi abuelo.

Apenas puede ver ya la costa. Intenta calmarse mirando al horizonte vacío. La inmensidad es aplastante, y por unos segundos cree sentirse realmente bien. Pero su padre detiene el motor. Continúan avanzando con el impulso. Una columna oscura aparece ante ellos. Al acercarse se puede distinguir la estructura de una torre. Dos grandes campanas verdosas, oxidadas, cuelgan fantasmales en el interior. Emi siente como si una mano le apretase el corazón.

—¿Qué es eso, papá?

El hombre sonríe.

—Una ciudad.

—¿Y dónde está? —pregunta aunque intuye la respuesta.

—Debajo, bajo el agua.

—¿Y cómo viven ahí?

A su padre se le escapa una carcajada.

—No viven, Emi. Hace muchos años que aquí no vive nadie.

—¿Y por qué?

—Es una civilización antigua, que se extinguió.

—¿Se la tragó el mar?

—Sí Emi —dice su padre incapaz de contener la risa—. Se la tragó el mar.

Emi observa fascinado las estructuras que van emergiendo ante ellos, en las que antes no había

reparado. Se le pone la carne de gallina de pensar que vivía gente allí.

—Ahí abajo, todo está lleno de tesoros.

Y con esta última imagen es capaz de escapar de ese lugar y disfrutar un par de horas de sueños entrecortados, en los que ve objetos imposibles, materiales de cualidades impensables. Pero afortunadamente eso es terreno conocido, eso no le da miedo.

¿Te ha gustado este libro?

Puedes encontrar otras obras de la misma editorial [aquí](#).

Si no has pagado por este libro puedes colaborar con la editorial y el autor haciendo una [donación](#).

Editorial Gradiente 2013
Colección Nebulosa
Género: Ciencia-Ficción.

Diseño portada: Alex Escalada
Imagen: www.freeimages.co.uk
Diseño colección: Alex Escalada

Cód: Gr-Nb-001
www.editorialgradiente.com

